

EL HUMANISMO DE LA DIVERSIDAD*

A mi juicio, la cuestión principal del siglo XXI puede formularse mediante esta pregunta: ¿cómo conciliar la diversidad que es propia de la modernidad y la unidad que necesitamos como sociedad? ¿Cómo podemos emprender el análisis exhaustivo de la diversidad, que es quizá la versión moderna de la libertad? Muchos consideran que el respeto a su diversidad es la clave de su libertad. Los responsables políticos no podemos ignorar la importancia que de hecho se concede a la diversidad, porque somos los encargados de generar unidad, pues por algo somos los máximos responsables de la política de un país quienes debemos asegurar la convivencia dentro del mismo.

Las grandes ideologías del siglo XXI se han derrumbado, pero el fracaso del marxismo no ha conducido a la victoria total del liberalismo. Todo el mundo ha buscado moderar las ideas de libertad. Tras el marxismo, se han buscado soluciones a los problemas al margen de la ideología y el pensamiento. Finalmente, hemos extraído del pragmatismo, alguna vez incluso del empirismo y del egoísmo, las soluciones a los problemas de los ciudadanos. No hemos enarbolado nuestros valores de libertad como nos invitaba a hacer Raymond Aron. Hemos elaborado sistemas que respondían al egoísmo del ciudadano. Y enseguida nos hemos dado cuenta de que para los ciudadanos la identidad es una seguridad. Hemos desarrollado

Jean Pierre Raffarin, senador. Ex primer ministro de Francia.

* El texto es una versión editada de las palabras pronunciadas por Jean Pierre Raffarin en la inauguración del Campus FAES de Navacerrada, el 30 de junio de 2008.

esta necesidad y la política ha favorecido la creación de fronteras que la amparan. Constatamos la importancia mundial del poder empresarial y de su capacidad para movilizar los valores de distinción y diversidad.

Hoy día, incluso un país como China ha cedido mucho poder a sus regiones. El gran distribuidor francés Carrefour ha abierto cuarenta tiendas en China incluso antes de entablar relaciones con el poder central. Fue con el establecimiento del número cuarenta y uno cuando las autoridades chinas pidieron a los responsables de Carrefour comenzar las negociaciones con ellos. El poder económico regional chino es más importante de lo que pensamos. En la actualidad esta política de diversidad está considerada en todas partes como una política dinámica cuyo motor de desarrollo gravita en torno a las diferencias.

La globalización ha generado a su vez oposición y contribuye al crecimiento de la diversidad. El “altermundialismo” ha nacido con el G7 y el G8. Las economías se han unido pero las culturas se resisten. Tenemos una única organización mundial para la aviación civil; en electricidad existen sólo dos tipos de voltajes; el ancho de vía del ferrocarril se rige únicamente por tres normas. La técnica une a los hombres, pero en el mundo se hablan tres mil lenguas. Subyace una resistencia cultural a la globalización. Nosotros los franceses observamos de cerca a Quebec, que se adhiere al modelo económico americano pero rechaza el cultural. Asimismo, constatamos la capacidad que tiene la globalización de generar diversidad cultural. Cuando China, con la organización de los JJ.OO. llegó en cierta manera al sùmmum de su poderío, hubo de enfrentarse al resurgimiento de la cuestión del Tíbet. Desde el poder emerge la diversidad.

La diversidad es un valor que se impone en todo el mundo. Es el valor por excelencia del siglo XXI. No obstante, la diversidad tiene adversarios y está expuesta a confusiones. La diversidad requiere de un equilibrio sobre el que incidiré más adelante. El rechazo a la diversidad conduce a las dictaduras. Todas ellas niegan las diferencias. Somos conscientes de que aún están presentes en el mundo. Las elecciones en Zimbabwe demostraron que la lucha contra las dictaduras es todavía hoy un tema de primera importancia a escala mundial. En el pensamiento de los filósofos, incluso entre

los que se han considerado los más grandes filósofos franceses, la diversidad no era forzosamente un valor. Simone de Beauvoir osaba escribir: *“La verdad es una, el error es múltiple; no es azar que la derecha profese el pluralismo”*. Esta idea, según la cual no habría más que una sola utopía en el mundo, más que un único valor, más que una sola verdad, es una idea todavía vigente entre numerosos intelectuales.

Hay también enemigos de la diversidad por exceso de relativismo. Todos aquellos que confunden la necesidad de autonomía de la persona y de libertad con una realidad social hecha de átomos. Se pasa de la autonomía al “atomismo” por exceso de diversidad. Es lo que sucede en el plano geopolítico. Hemos podido constatarlo en Kosovo, Serbia..., los territorios de los Balcanes que estallan y se dividen en nombre de la autonomía. Asistimos, tanto en lo social como en lo político, a una peligrosa balcanización.

Tendremos que medir bien que este valor de diversidad, que es necesario extender en la sociedad, esté sostenido por una idea que impida el debilitamiento de la convivencia y de lo que, formando parte de nuestras reflexiones comunes, hemos de compartir especialmente: el concepto de nación. Este punto es de vital importancia, pues se corre el riesgo de que lo políticamente correcto haga de la diversidad un valor absoluto en lugar de un valor equilibrado.

Propongo reflexionar sobre la idea de diversidad, sobre “el humanismo de la diversidad” y finalmente sobre la búsqueda de la unidad que permite esta diversidad.

La idea de unidad se remonta muy atrás. Nuestros fundadores (yo mencionaré a los griegos) escogieron al diablo como adversario, como encarnación de aquello que divide, que separa.

En el humanismo de la diversidad imperan tres valores. Entre ellos, el *respeto* por la persona y por la cultura. Es la conciencia de fraternidad sin la cual no hay humanismo. Implica el reconocimiento de las distintas culturas, el arte, la lucha contra el etnocentrismo... En esta línea trabaja el

presidente Sarkozy por la laicidad, y no lo hace contra la religión sino por una laicidad positiva que acepte la religión en la sociedad con la condición de que no se convierta en proyecto político. Esta es la noción de respeto que defendemos.

Respetamos las ideas del prójimo, la religión, pero como segundo valor tras el respeto ha de situarse el *equilibrio*, es decir, la reciprocidad en el respeto: yo te respeto y tú debes hacer lo propio. Este equilibrio es muy importante en el mundo. Sin él, en el plano geopolítico con China, por ejemplo, nos enfrentaríamos a una serie de dificultades. Si no somos capaces de equilibrar nuestros intercambios económicos, está claro que un día nos encontraremos con un grave problema. Podemos reconocer al otro, pero necesitamos de la reciprocidad en el plano político internacional. Junto a lo que ha sido nuestra mayor ambición del siglo XX, es decir, el multilateralismo, las leyes de derecho internacional no bastarán por sí solas para garantizar la paz mundial o el equilibrio del planeta. Con nuestros amigos los chinos, las diferencias culturales obligan a que el multilateralismo vaya acompañado de lo bilateral, a fin de encontrar el equilibrio y construir una relación de fuerzas que nos sea más favorable. Es éste el motivo por el que Europa es tan necesaria hoy en día, la razón por la cual la diplomacia continental es indispensable para equilibrar el mundo. El respeto y el equilibrio son los mejores elementos para dialogar en el mundo: hay que dar y recibir.

Tercer valor: la *superación*. Una vez que hemos aceptado al otro, que le hemos exigido reciprocidad y logrado la convivencia, es preciso ser capaz de asumir el porvenir, de ponerse a la tarea y superarse. Lo vemos en el proyecto personal de las gentes de Quebec, cuyo lema es “engrandecer la vida”. Es una bella expresión. En el fondo, contrariamente a lo que afirman Sartre y cierto número de importantes filósofos deterministas, “sí soy responsable de mis actos”. Lo que me sucede depende mucho de mí mismo, es mi modo de crear mi proyecto. Esta perspectiva, más grande que yo, es la que va a poner en funcionamiento mi persona, mi familia y mis acciones. Esta dimensión espiritual, religiosa, filosófica, es la responsable del drama humano: ¿cómo afrontar su fin? ¿Cuál es la fuente de salvación? Todo esto se encuentra en el valor de superación. En el plano social, todo

lo que promueve la generosidad es lo que impulsa a la sociedad a ponerse en marcha. Como decía Juan Pablo II: “no tengáis miedo”. Las jóvenes generaciones encontrarán soluciones a los problemas que le serán planteados. Por poco que tengan esta ambición, que sepan respetar, que sepan buscar el equilibrio, sabrán encontrar por sí mismas las soluciones a los problemas que entraña la convivencia en armonía. Los jóvenes no deben tener miedo. El que generaciones anteriores no hayan sido capaces de solucionar los problemas de generaciones venideras no quiere decir que la actual no tenga capacidad para dar con las soluciones a poco que acepte los desafíos, asuma su condición humana y su deber sobre el futuro.

Es esta idea de superación la que quisiera tratar en el plano político. Es preciso que nos superemos y sepamos convivir. ¿Cómo podemos ponernos de acuerdo en países como Francia o España donde existe esa capacidad de superación?

En Francia hemos abordado este difícil problema. Hemos discutido mucho sobre las lenguas regionales. Los diputados de la Asamblea Nacional han hecho constar en la Constitución nuestras lenguas regionales. Nosotros, los senadores, hemos pedido que la Constitución no grave sobre las lenguas. Estamos a favor de las lenguas regionales, que consideramos contribuyen a la diversidad de nuestra sociedad. Promovemos que haya escuelas donde se estudien, que se practiquen en sus regiones, que existan centros de investigación sobre las mismas, que los niños puedan ser bilingües desde edad temprana, pero que dentro de un marco constitucional podamos valorar nuestra unidad y proteger lo que tenemos en común y compartimos todos los franceses: nuestro idioma. Es la Constitución y la nación por lo que el político debe velar e inyectar el máximo de unidad. Este proyecto común es lo que nos une profundamente y nos invita a participar en la vida de una nación.

Los franceses ostentamos los valores de la República: la libertad, la igualdad y la fraternidad. A estos les hemos ido añadiendo de manera progresiva la *laicidad*. Debemos buscar sin descanso el modo de adaptar a cada época este patrimonio de valores. Un filósofo francés, que fue uno de mis ministros, Luc Ferry, afirma: “buscad en la esfera privada los valores nece-

sarios para la pública”. ¿Qué moviliza mayoritariamente hoy en día a los ciudadanos? El amor por sus hijos y su cercanía. Este sentimiento siempre prevalece. Un gran humanista como Montaigne no sabía exactamente cuántos hijos tenía. Hoy no podemos imaginar una situación así. En aquella época, el padre de familia no se ocupaba de la crianza de los hijos. Sin embargo, hoy constatamos que el amor por los hijos es uno de los motores de la vida; una de las razones por las que luchar. En la esfera privada hay valores de esta naturaleza a los que es preciso recurrir para construir un proyecto común. Una parte primordial de la Constitución en la aproximación al proyecto común es combatir el odio como enemigo principal de este proyecto. No digo que el valor principal sea el amor, puesto que se ha rechazado transferir este valor de la esfera privada a la pública, pero si no se incide en la importancia del mismo puede fácilmente surgir el odio. Es el odio el que es necesario alejar de nuestra unidad, pues deriva en ocasiones en tensiones entre unos y otros. Hay que conseguir que la nación sea el lugar donde el pueblo encuentre más elementos de unidad que de diferencia. Entre los debates que se plantean entre nosotros hoy día, me reconozco –personalmente por lo que atañe a Francia– con lo que se conoce como un Girondino, ligado al poder territorial. No obstante, deseo que frente al reto de la diversidad y de todo lo que pueda desunir podamos los políticos consolidar la unidad del país como proyecto común. Es ésta la tarea que debemos poner en práctica.

Hagamos aplicable a Europa esta reflexión. El proyecto común debe ser consolidado tanto a nivel de nación como de la Unión Europea. Probablemente hemos cometido un error queriendo dotar a Europa de una Constitución, dando la impresión de que nuestro proyecto se limitaba a la acción de gobernar y olvidando cuál es el verdadero cometido de dicha Constitución. Es como si el peregrino que camina por los Pirineos olvidara Santiago. Está claro que el peregrino conoce el camino, pero no olvida jamás su destino. Nos hemos preocupado por el recorrido, por los poderes del Consejo y del Parlamento, de la Comisión, pero hemos hablado poco de su finalidad. La finalidad para nuestros padres era la paz en Europa; para nosotros es la paz mundial. Descuidando la verdadera finalidad de la Constitución hemos transmitido el sentimiento de una Europa lejana. Los irlandeses nos han recordado algunas verdades, como previa-

mente lo habían hecho los franceses y los holandeses. Lo que es preciso aportar a Europa no es un proyecto común –como debemos hacer en España y Francia– sino proyectos federalistas que nos permitan trabajar unidos y no se confundan con el proyecto nacional común.

Esto es lo que espero de la presidencia francesa de la Unión Europea. Tengo fe en el saber hacer de nuestro presidente, Nicolas Sarkozy, para llevar a cabo políticas federalistas que aúnen, como en su día hicieron los fundadores de Europa con el carbón, con el átomo o con la política agrícola. Una nación se construye sobre un proyecto común que equilibre la idea de diversidad, pero sospecho que Europa no puede erigirse si no es en torno a proyectos plurales que pacten iniciativas.

La presidencia francesa tiene bajo su responsabilidad dos proyectos claves para el futuro. Primero, el proyecto de Unión para el Mediterráneo, que se inscribe en el Proceso de Barcelona, ampliando éste para llegar a acuerdos que confirmen que el lugar de España y Francia en el mundo se encuentra dentro del marco euromediterráneo. ¿Dónde vivimos? Hoy en día habitamos en un continente “euromediterráneo”. Este lugar es a la vez una esperanza de desarrollo para Europa y una perspectiva de paz para la orilla sur del Mediterráneo. La perspectiva de paz es poder unir pueblos con fronteras “candentes”. Este proyecto puede ser el nuevo motor de la construcción europea.

El segundo cometido sería trabajar sobre la Europa de la energía. ¿Cómo podemos asegurar nuestro aprovisionamiento de energía? ¿Cómo proteger a los ciudadanos frente a ciertas tensiones económicas de la esfera internacional? Me refiero principalmente al precio del petróleo.

Cuando parece que la Unión Europea deja de lado este asunto, da la sensación de que existe un gran desinterés por las verdaderas preocupaciones de los ciudadanos. Tenemos necesidad de grandes ideas que en determinado momento de la historia demuestren que Europa se preocupa por sus ciudadanos no sólo mediante promesas de unidad política u objetivos comunes, sino a través de la idea de diversidad que se construye en torno a grandes proyectos.

Esto nos lleva a reflexionar sobre numerosas cuestiones: la necesidad de territorio, de raíces, de región, de circular libremente... Tener un sentimiento profundo de nuestras raíces no debe impedir una convivencia armónica que exija un mínimo indivisible de unidad nacional. Esta unidad nacional debe ir acompañada por el afán de superación dirigido a favorecer la solidaridad continental. Y este afán de superación no viene expresado por una Constitución sino por los intereses comunes, los intereses de los Estados, así como por los intereses de los ciudadanos.

Los valores del humanismo moderno, el respeto, el equilibrio y el afán de superación deben expresarse desde el punto de vista político a nivel local, nacional y continental.

Nuestros adversarios políticos muestran un profundo desinterés por la coherencia entre una idea y una acción. La dignidad política es la coherencia entre el pensamiento y la acción. Por consiguiente, nuestros afines políticos en Europa deben pensar, reflexionar y construir este humanismo del siglo XXI. Un humanismo que acepta la diversidad pero que rechaza negociar lo esencial de su unidad.